

18 agosto 1916

Cansera oficial

Una vez Guerra Junqueiro hablándome de un político español ya difunto y entonces jefe de Gobierno le llamó «macaco fúnebre». Dejando de lado la mayor o menor justeza de su aplicación la expresión es rica en contenido significativo. La aparente jocosidad del macaco resulta fúnebre, en efecto. Lo cómico simiano está henchido de funebridad. Y lo mismo pasa con lo cómico de los payasos y con lo cómico de los políticos. La comicidad política es fúnebre. Y es porque dan una triste impresión de cansancio.

La cansera parece ser la enfermedad específica de nuestra España pública y más o menos oficial. Diríase que el español histórico nace cansado. Y hay quienes sin haber en rigor vivido se hallan o más bien se están cansados de vivir. Cansados más bien de no haber vivido aguardando a la vida. Porque era ella la que tenía que venirles a la mano y a la boca y no ellos los que habían de ir, por sus pies y su corazón, a buscarla. Aguardaban el gordo de la lotería de la gracia y del éxito.

Cuántas veces no nos hemos dicho, lector, lo terrible que es aquella fatídica expresión de «llegar»! «Aún no ha llegado...», «ese llegará...», «ese es de los que han llegado...» Y llegan a descansar. Y esto en la vida pública...!

La España que llamamos oficial, la de nuestra pequeña historia—historieta—gacetable, la de gacetilla, morirá de angina de pecho, parándosele el corazón, que le tiene ya cansado, y cansado de un cansancio ingénito, nativo, tal vez heredado y hereditario.

Y los macacos fúnebres de nuestra publicidad, qué tremendo aire de cansera! Son tristes, profundamente tristes y a la gente le hace gracia esa tristeza y la rie. También los bufones de los reyes, cuando los reyes eran de bufones, solían ser jorobados. Triboulet es fúnebre. Y su funebridad es cansancio. El bufón nació cansado.

Y ved la ética hipócrita que ha inventado el cansancio. No se le cae de la boca la palabra «deber». El deber, la obligación es el santo y seña de la cansera. «Antes es la obligación que la devoción», dicen los cansados. Como si la devoción no fuese una obligación más alta y más honda!

Cuando alguien os hable de hacer algo por sentimiento del deber, es que está cansado y se siente tal. Lo demás hablaría de hacerlo por sentimiento del placer, os



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

usua ...



hablaría del cumplimiento del placer y no del deber. «Hago en aras de mi patria el sacrificio de aceptar, etc...» O esto es mentira o es algo peor que mentira.

«No, no es nada grata la responsabilidad del poder...»—decía una vez un macaco fúnebre. Y para él no lo era porque no le era grata la vida.

En nuestro menester mismo, el de escritores, tropezamos los que escribimos con un público de lectores cansados—cansados unos de leer poco y otros de no haber leído cosa que lo valga—que leen para descansar el pensamiento, o mejor aún para mantenerle en la modorra de su ingénita cansera. Leen para desquitarse de los minúsculos quebraderos de cabeza de su vidilla cotidiana.

Me acuerdo cuando hace unos años viendo y oyendo representar a don José Valero presencié un drama dentro de otro drama. El anunciado en el cartel era «La carcajada», aquel disparatado melodrama en que Valero lucía sus habilidades histriónicas. Aquella carcajada era algo trágicamente bufo, como la jonoba de Triboulet. Y el drama de dentro del drama era ver al pobre Valero, más que setentón, decrepito, cansado, abrumado de años de escenario, hacer de galán joven. Aceraba sus palabras, remoloneaba los gestos, sudaba la juventud postiza. Era algo que oprimía el pecho. El proveyto actor representaba no por placer, ni aun por deber, sino por necesidad. Aunque de ordinario sucede que lo que se llama deber no suele pasar de necesidad.

Y la misma impresión que producía el pobre viejo comediante, enjaulado en el escenario y preso a él con cadena de calderilla, producen los macacos fúnebres de nuestra vida oficial pública representando por deber patriótico. Rezan sus discursos, repiten soñolientos sus gestos, sudan la postiza gallardía. Y todos es cansera.

¿Quién habla de abusos del poder? No se abusa y apenas si se usa de él en nuestra España oficiosa y oficial de hoy. Se apetece el puesto de mando pero no el ejercicio de mandar. Y hasta los atropellos—que indudablemente los hay cometidos—obedecen a no molestarse en mandar como Dios manda. Cuando se corta por lo sano es por pereza, por resultar más cómodo. La cirugía de urgencia suele ser cirugía de pereza. La urgencia misma no es de ordinario sino



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Sera ...

4-209
III



una forma de pereza. Nadie tiene más prisa que el perezoso, el holgazán. Quiere acabar pronto para seguir luego no haciendo nada.

En efecto, el que halla placer en la acción, en el esfuerzo encaminado a promover nuevos esfuerzos, en la acción engendradora de actividad, en la lucha por la conquista de un campo más vasto de luchas más altas, en apoderarse de Dios para descubrir al Sobre-Dios y emprender su caza, este tal trabaja lentamente y sin prisa alguna y como si no contara con el tiempo. Va deteniéndose en su trabajo, va paladeando el camino. No tiene prisa alguna de llegar porque siempre está llegando.

«Aquí todo se vuelve hacer proyectos y planes y luego no se hace nada de provecho», oiréis decir. Y ello no es así. Se habla de proyectos y de planes, pero hablar no es hacer. Hablar de un proyecto no es hacer un proyecto, discutir un plan no es dibujarlo. Hacer un proyecto es acaso lo más que puede hacerse. Es hacer un camino. Hecho un camino, si lo está bien, importa muy poco a donde lleve, pues dondequiera que concluye un camino es sitio y si el camino es bueno el sitio es bueno. Es por lo menos el punto de partida de infinitos nuevos caminos.

Hablar de un proyecto, discutir un proyecto no es hacerlo. La mayor parte de las veces lo que es es deshacerlo. Lo mismo que pasa con los presupuestos. Discutir un presupuesto es deshacerlo cuando el presupuesto va hecho. Ahora, como muchas veces no va hecho, no es tampoco deshacerlo; es no hacer nada. Es hacer que se hace; es disparar a una nuebecilla con pompas de jabón y ni aun eso sino menos. Es también soñar que se sueña. Y en el fondo cansera.

«Ah, es que cada cual no va más que a su interés personal y privado», nos dicen. Ojalá fuese así! Pero ni eso. Ni el propio interés busca cada uno. O si lo busca es el interés de que le dejen en paz, de que no le molesten, de que no le obligren a esforzarse.

«Pero, hombre—le decía yo una vez a cierto diputado a Cortes que echaba los duros a puñados durante las elecciones—pero, hombre, porque se gasta usted así tan locamente el dinero? Le costaría a usted tan poco ganarse el distrito...! Usted ha sido ya diputado por ese distrito que aspira a volver a representar; tenía usted más que haberlo cultivado, haber hecho favores?» Y me contestó:



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

«Eso me costaría más que echar el dinero. No me importa sacrificar una buena parte de mi fortuna y si me caliente soy capaz hasta de arruinarme, pero luego que me dejen en paz, que no me molesten, que no me importunen, que no vengan pidiéndome nada.» De este pobre cansado se cuenta que una vez un elector ingenuo fué a pedirle que recomendara el pronto despacho de un expediente de Hacienda, y le preguntó: «¿Cuánto se le dió a usted por votarme?» «Dos duros, señor!» contestó éste. Y el diputado: «Pues bueno, ahí tiene usted veinte y compre con ellos al oficial del negociado y le despacharán su expediente enseguida, pero no me moleste más.» Y todo ello es cansera.

¿No sabéis acaso del hombre íntegro, integérrimo, a quien le rodean, quíeralo él o no lo quiera, aventureros y vividores que enredan y medran a nombre y costa suya? Y por no molestarse en desautorizarlos les deja hacer y se compromete gravemente. Cuando llega el caso se lava las manos, pero el lavarse así las manos es un acto de hombre aburrido y cansado. Hay quien se las lava veinte veces al día por no saber de qué otra manera matar el tiempo.

Pilatos era un aburrido, un cansado, un «blasé». Pilatos se aburría soberanamente en Palestina, echando de menos las tertulias de Roma donde también se aburriría pero a la romana. Pilatos entregó al Señor de puro aburrido que estaba. Y aquello de «lo escrito escrito está!» es una frase de aburrido, de cansado. Es más cómodo atenerse a lo ya ordenado que revisarlo y corregirlo. Y así cierta aparente energía no es más que cansancio. Hay quien no se vuelve atrás por cansancio como hay quien avanza por miedo, huyendo hacia adelante. Como que la más heroica resolución suele ser muchas veces recorrer hacia atrás el camino ya corrido. Y entonces es otro camino. El camino que va de Villaluenga a Vilallonga no es el mismo que va de ésta a aquélla, aunque así lo crean muchos. En aquél se tiene siempre enfrente el mar, en el otro la montaña. Y un camino es lo que es por la visión que nos pone enfrente.

Quedamos, pues, en que los macacos fúnebres, aburridos, cansados de nacimiento, acaban en Pilatos. O más bien en Pilatillos. Y todo por cansera.

MIGUEL DE UNAMUNO

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES